

NOSOTROS MATAMOS A STELLA

Marlen Haushofer

Alguien dijo que la literatura es un inmenso lago, existen grandes ríos que lo alimentan, como las obras de Tolstoi o Dostoyevski, y existen pequeños hilos de agua. Lo único importante es alimentar ese lago. Alejada de los grandes sistemas fluviales, la obra de Marlen Haushofer es uno de esos pequeños hilos de agua. Reconozco mi debilidad por esa clase de obras. La obra de Kafka es así, pero también la Emily Dickinson, o la de Carson McCullers. Virginia Wolf es un nebuloso río que explora el vasto mundo de nuestra conciencia, pero basta un solo relato de Katherine Mansfield para llevarnos más lejos de lo que ese río nunca pudo llegar. Marlen Haushofer pertenece a esta misma familia. La familia de Chejov, de Sherwood Anderson, de Mercè Rodoreda o de Silvina Ocampo. Esa familia de escritores que, como los niños perdidos de los cuentos, siempre se las arreglan para dejar en los lugares más sombríos un rastro de migas de pan.

Marlen Haushofer murió con apenas cincuenta años, y escribió seis o siete libros nunca demasiado largos. Apenas corregía sus manuscritos y tenía que alternar su escritura con la atención a sus hijos y las labores domésticas, pues nunca se ocupó de otra cosa, aparte de escribir, que de cumplir con su discreto papel de ama de casa. Y sin embargo, basta con leer cualquiera de sus libros para quedar hechizado. Es difícil explicar esto y lo mejor es pedir al lector que lo compruebe por sí mismo. Que lea *El muro*, por ejemplo, su novela más perfecta, o los dos relatos que contiene este libro. Que lea *La puerta secreta* o *Un puñado de vida*, publicados en la editorial Siruela. Todos los libros de Marlen Haushofer son excepcionales, pues nos llevan a esos lugares de visión de los que nunca se regresa del todo, o no al menos como se llegó.

Scott Fitzgerald escribió una vez que los dos cuentos básicos de todos los tiempos eran La Cenicienta y Pulgarcito: el encanto de las mujeres y el valor de los hombres. La obra de Marlen Haushofer sigue el rastro de Cenicienta. En realidad todos sus personajes femeninos pueden considerarse variantes de ese personaje inolvidable. Una muchacha que vive entre las cenizas, postergada por todos, que soporta el peso de la vida en vez de disfrutarla, pero que mantiene una extraña comunicación con las fuerzas libres del mundo. En el cuento de los hermanos Grimm, el vestido que Cenicienta acude la fiesta lo recibe de un árbol. Se pone bajo su copa y el árbol le ofrece el vestido. Es la naturaleza quien se lo da.

También los personajes de Marlen Haushofer mantienen ese diálogo permanente con el mundo. Suelen ser mujeres casadas, que viven junto a hombres que no las comprenden, en un estado de dependencia y subordinación, pero que a la vez son portadoras de una extraña sensibilidad hacia el mundo natural. Esta presencia de la naturaleza es constante en su obra. Es el centro de *El muro*, y también el los dos relatos de este libro. En *Nosotros matamos a Stella* son constantes las alusiones al jardín que rodea la casa. Es más, el *leit motiv* del relato es la presencia de un pajarillo abandonado al que la protagonista oye piar con desconsuelo. Se trata de una obra desoladora que habla de la brutalidad de la vida y de la falta de compromiso. Nadie es inocente, a nuestro lado se cometen los crímenes más atroces y no hacemos nada para evitarlo. *Mi tarea hubiera ido proteger la vida y protegerla de ataques asesinos, ¿Y que he hecho? He llevado una vida de una mujer acomodada, me apoyé en la ventana y respire el aroma de las estaciones del año mientras a mi alrededor se mataba y se hería. No debe extrañarme que el jardín empiece a repudiarme. La fuerza secreta que hace verdecer las hojas del tilo era la misma que empujaba la sangre por el cuerpo joven de Stella, ese jugo dulce y rojo extendido en grandes charcos sobre los adoquines, El tilo conoce mi traición, y también el pájaro moribundo la conoce. Ya no me quieren. Lo leo en los ojos de los niños, lo siento cuando acaricio perro y gatos extraños, y cuando me acerco al jacinto que esta sobre mi mesita, se pone tieso en señal de rechazo y temor. No se perdona a los traidores, me dicen sus flores brillantes, y su perfume me recuerda el olor dulce que subía del féretro de Stella.* La narradora se comporta ante la joven adolescente que vive en su casa como ante el pobre pájaro abandonado, sabe que tendría que hacer algo para ayudarles y apenas lo intenta. Tal vez porque piensa no es posible ayudar a nadie. No parece haber salvación, pues la vida carece de sentido. Apenas es nada, sólo un mosaico de minúsculos fragmentos, por momentos relucientes y hermosos, pero que nada significa. Tampoco el amor significa nada, aunque sea la única fuerza capaz *suspender durante unos minutos la presencia sempiterna de la muerte.* Es curioso esto. La obra de Marlen Haushofer es un obra desesperada y oscura, y sin embargo se lee con el mismo fervor con que de pequeños leíamos los cuentos. Son páginas presididas por una mezcla de tristeza, locura y encanto, que hablan de la debilidad y el dolor. De la vida como enfermedad. Su mensaje es un mensaje tan delicado como extraño: que es preciso amar el dolor y guardarlo en nuestro corazón. Todos los personajes de Marlen Haushofer se comportan como si el dolor fuera lo último que les quedara y no quisieran perderlo. En él radica su superioridad. También el poder de encontrarse con las otras criaturas del mundo. *Amar y cuidar a otro ser es muy fatigoso, y más pesado que matar y destruir,* afirma en uno de sus libros. Pero en otro momento escribe: *Qué es un Rafael comparado con la luz que irradian los ojos de un niño, o incluso con el calor que despide el cuerpo de un gatito.* Esta superioridad de la vida es el eje

del segundo de los relatos de este libro, cuyo protagonista es una niña de cinco años. Fue la primera de sus obras, y en ella ya está el germen de todo lo que escribirá. La dicotomía entre vida y razón, la complicidad entre las mujeres y los niños, la comunicación con el mundo natural, el amor a los animales, el poder transfigurador de la infancia. En su novela *El muro* puede leerse este párrafo excepcional: *Hay momentos en que los que espero con alegría un tiempo en el que no exista nada que ate mi corazón. Estoy cansada de que se me arrebate lo que amo. No hay solución, porque mientras exista en el bosque una criatura a la que yo pueda amar, yo la amaré y cuando no exista ninguna yo dejaré de vivir. Si todos los seres humanos fueran como yo, no habría muro y el viejecito no estaría petrificado junto a su fuente.* El párrafo sigue y en un momento dice que comprende a los asesinos. Es lógico odiar a la vida, pues todo está condenado. Pero al instante afirma: *Lo comprendo, pero yo personalmente me tengo que oponer.* Volvemos a estar bajo el signo de Cenicienta. Debía odiar la vida, pero se pone de su parte. No está en el mundo para comprender, sino para ocuparse de él. Ocuparse *de la ropa de abrigo, de la leche y el carbón, de encender la cocina.* Ocuparse de su pizca de vida, en ella no cabe mucho más. Y, como Cenicienta, recibe la bendición del bosque. *Las avispas zumbaban alrededor de las grandes tinas y la abuela estaba intranquila, pero Marili no tenía miedo: nunca le habían picado. Ella misma era como un pequeño barril de mosto; sus labios y manos estaban pegajosos del azúcar.* Es cierto que los personajes femeninos de Marlen Haushofer son seres que apenas se rebelan contra las injusticias y se limitan a soportar lo que les cae en suerte. Pero a cambio tienen otra vida, guardan una *puerta secreta.* Ese es el misterio de su literatura. Ninguna de sus protagonistas teme el dolor. Es más, se ocupan de él, como lo harían de un niño o un animal enfermo. *Y también quiso amar el dolor y guardarlo en su corazón. Todos lo rebuían y todos lo odiaban; en ella habría de encontrar su cuna y su hogar.* Esa es su tarea, transportar ese *pequeño hato* de un lado para otro. Tratando de crear un hogar. Aunque no sepan por qué lo hacen ni si sirve de algo.